

EL ESPEJO DEL ENANO.



Chascom

Revista infantil

Nº 21

Año 1

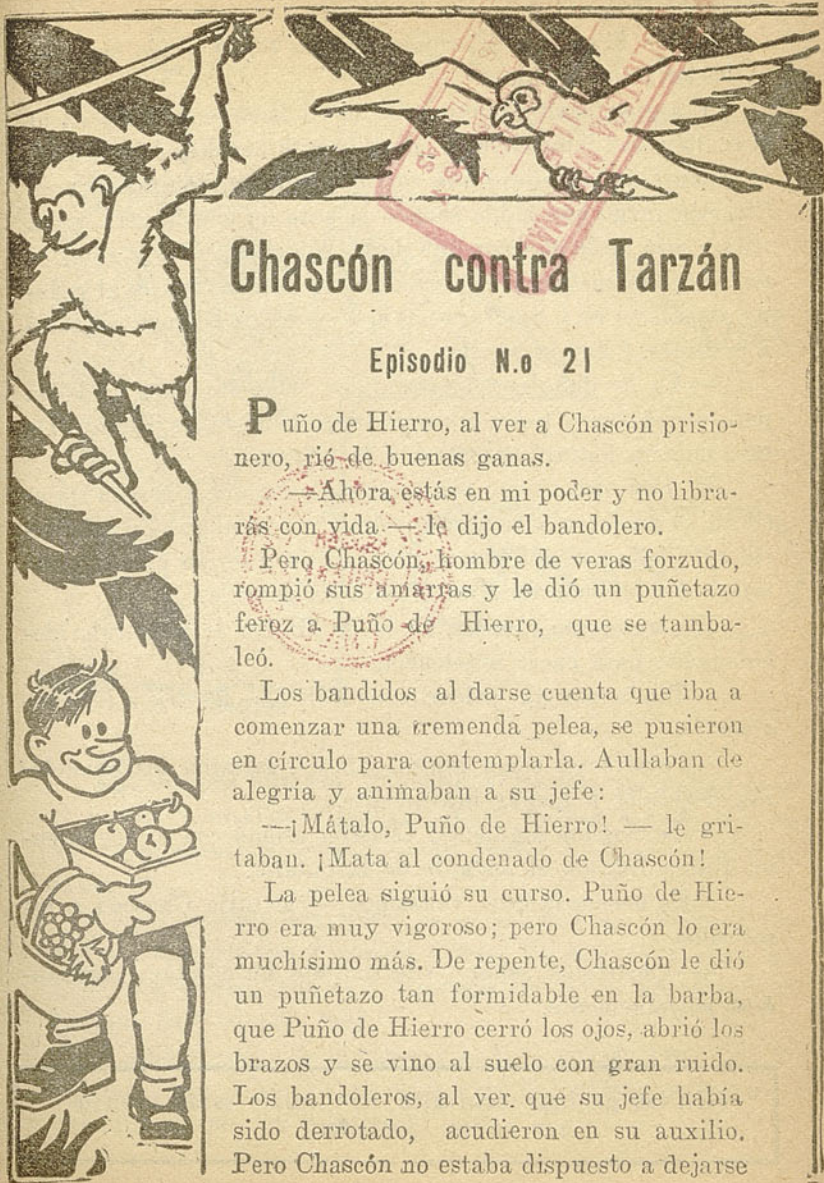


Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Observe, lector, cómo el **Pez Colin** sabe burlarse de un perro.



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 21

Puño de Hierro, al ver a Chascón prisionero, rió de buenas ganas.

—Ahora estás en mi poder y no librarás con vida — le dijo el bandolero.

Pero Chascón, hombre de veras forzado, rompió sus amarras y le dió un puñetazo ferez a Puño de Hierro, que se tambaleó.

Los bandidos al darse cuenta que iba a comenzar una tremenda pelea, se pusieron en círculo para contemplarla. Aullaban de alegría y animaban a su jefe:

—¡Mátalo, Puño de Hierro! — le gritaban. ¡Mata al condenado de Chascón!

La pelea siguió su curso. Puño de Hierro era muy vigoroso; pero Chascón lo era muchísimo más. De repente, Chascón le dió un puñetazo tan formidable en la barba, que Puño de Hierro cerró los ojos, abrió los brazos y se vino al suelo con gran ruido. Los bandoleros, al ver que su jefe había sido derrotado, acudieron en su auxilio. Pero Chascón no estaba dispuesto a dejarse vencer así no más.

—¡Ha llegado el momento de que sepan quién soy yo!
— les gritó con energía.

Y cogiendo un garrote principió a hacer remolinos en el aire. Tres bandidos cayeron mortalmente heridos. Los demás, al reparar en el peligro que corrían, se apartaron. Entonces Chascón juzgó que había sonado la hora de que huyera, para volver más tarde en compañía de los soldados del Rey a darles un merecido castigo a esos miserables. Regresó, pues, al galope, al palacio real. Su Majestad el Rey de los Diamantes salió a recibirlo. Chascón le dijo:

—Ya he dado con los bandidos. Necesito unos soldados para prenderlos a todos y seguir luego la pista de Tarzán. De esta manera lograré encontrar a la princesa.

El Rey ordenó que todos los soldados que Chascón necesitara se pusieran a su disposición. Un regimiento de caballería salió al poco rato detrás de Chascón, camino de las montañas en que Puño de Hierro tenía su guarida.

En tanto esto sucedía, Puño de Hierro se preparaba decididamente para hacer resistencia.

—Tendremos que pelear como leones — les dijo a los bandidos.

—Pelearemos como leones, jefe — gritaron los bandoleros, decididos a luchar bravamente.

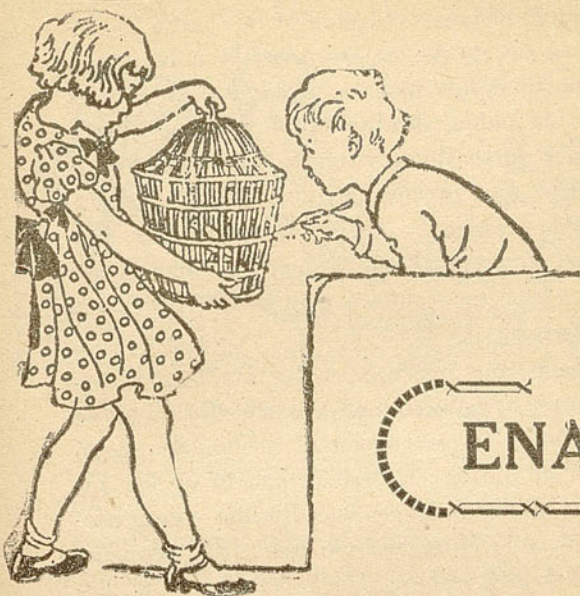
A la mañana siguiente, Chascón asomó con el regimiento. Había llegado el instante de la batalla.

—Es necesario que vencamos — les dijo Chascón a los soldados.

—Venceremos, señor — le contestó un capitán, cuadrándose solemnemente.

(En las páginas centrales continúan estas aventuras nunca igualadas).

EL ESPEJO



DEL

ENANO

El día era húmedo. Miguelín y Pamela no podían salir al jardín, y estaban disgustadísimos. Habían soñado con cavar en el arenal y, refunfuñando, fueron a mirar por la ventana.

—No os enfadéis, queridos — les dijo su niñera—. Sacad el rompecabezas o poneos a leer. Yo me voy. Tengo que ayudar a mamá, que está cosiendo en el vestido nuevo de Pamela. Sed buenos, ¿eh?

Cogió el cesto de la labor y bajó al primer piso. Los niños quedaron solos. Se apartaron de la ventana y pasearon una mirada por la habitación.

—Yo no tengo gana de jugar con el rompecabezas — dijo Miguelín — y estoy harto de leer en los mismos libros. Quisiera que sucediera algo extraordinario.

—Sólo con el espejo podemos entretenernos — dijo Pamela señalando una luna de cuerpo entero adosada a la pared, que le agradaba mucho porque podían verse en ella de pies a cabeza. En torno, se había esculpido una curiosa cenefa de motivo floral y por entre flores y frutos asomaban diminutos duendecillos. Era una preciosidad de espejo.

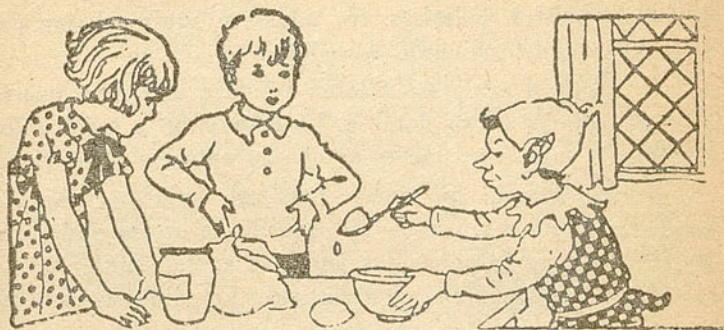
—¿Será un espejo mágico? — dijo Miguelín al instante—. Es tan viejo, tan viejo, ¿eh, Pamela? Miremos con atención esos duendecillos esculpidos en el marco y veamos si encierran algo de magia.

Los niños miraron, una por una, todas las figuras esculpidas y las frotaron también, pero no sucedió nada de extraordinario. A Miguel le decepcionó el hecho. Se apoyó en el espejo mirando al propio tiempo el cuarto de los juguetes reflejado en la luna y entonces sucedió una cosa curiosa e inesperada. Junto a la chimenea vió una silla, pequeña, de madera tallada. Volvió la cabeza. En la habitación no había silla alguna como aquella.

—¡Pamela ¡Pamela! ¡Ven aquí! — exclamó excitado—. Mira en el espejo esa silla colocada junto al hogar. Ahora vuelve la cabeza. ¿Ves? No está en la habitación, sino en el espejo.

Pamela contempló atentamente el espejo. Miguel tenía razón. En la luna aparecía reflejada una sillita de madera que no estaba en el cuarto de los juguetes. Dicha sillita hacía juego con el marco del espejo evidentemente, pues en ella se había esculpido el mismo motivo floral. ¿De quién sería? ¿Quién se sentaría en ella? ¿Y por qué no aparecía en el cuarto, sino en el espejo?

—¡Por fin sucede algo extraordinario! — exclamó Miguelín. Apoyó las narices en el espejo, sin duda para ver mejor lo que se reflejaba en él... y con un grito de sorpre



Miguelín y Pamela le contemplaban asombrados

sa atravesó la luna y cayó dentro de la habitación reflejada en ella.

Pamela abrió unos ojos de a palmo. Miguelín la contemplaba desde el otro lado del espejo, mudo de asombro. Por fin oyó su voz apagada como si viniera de muy lejos:

—Ven, Pamela, al otro lado del espejo. Yo te daré la mano. ¡Verás qué aventura vamos a correr!

Corrió a la puerta del espejo con Pamela y franquearon el umbral. Esperaban desembocar en el amplio y soleado descansillo de la escalera, pero en lugar de éste vieron un corredor angosto y oscuro. Miguelín se detuvo.

—¡Hola! ¡Qué diferente es esto de nuestra casa! — exclamó—. Estoy desorientado.

Pamela tenía miedo y quería volver atrás, pero Miguelín no se lo consintió. No. Aquello era correr aventuras y él deseaba continuarla.

—No hay nada que temer — dijo a su hermanita—. Además yo velaré por ti.

Siguió con ella pasillo adelante y por fin salieron a un descansillo. La escalera era en espiral, ¡cosa rara!, y los niños se detuvieron indecisos. No sabían si subir o bajar por ella. Al cabo determinaron ascenderla.

Lo hicieron así y se hallaron frente a una gran puerta gris con grandes clavos naranja. La empujaron y cedió. ¡Qué espectáculo tan sorprendente se ofreció entonces a su vista!

Acurrucado en un rincón junto al fuego, e inclinado sobre un librote rojo estaba un enanillo de orejas puntiagudas. De sus ojos brotaban las lágrimas en tal cantidad, que se había formado un charco a sus pies. Los niños le contemplaron asombrados.

—¿Qué te sucede? — interrogó, al cabo, Miguelín.

El enano dió un salto tal, que por poco cae en el fuego el libro que estaba leyendo. Lo cogió en el aire, sin embargo, y tornó a sentarse llevándose la mano al corazón.

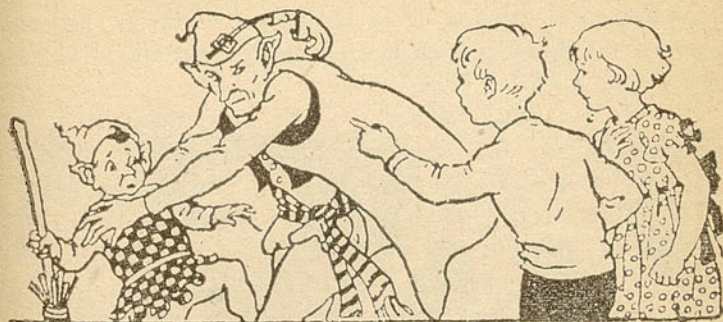
—¡Oh! — dijo—. ¡Qué susto me habéis dado! Pensaba que era Bom, el gran enano. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—No te preocupes. Con saber que *hemos llegado* tienes bastante — repuso Miguelín—. Pero, ¿por qué lloras?

—Mirad este libro: es un tomo de recetas — dijo el enano tornandó a llorar de nuevo—. Tengo que hacer una limonada especial para Bom y como sé deletrear solamente, no entiendo la receta. Aquí hay muchas palabras incomprensibles y muy largas... y si no tengo hecha la limonada cuando regrese Bom, me azotará y dejará de cara a la pared toda la noche.

—Yo te sacaré del apuro — prometió Miguelín. Tomó el libro y leyó en voz alta: — Receta para hacer una limo-

nada mágica. Se toman cinco limones que hayan madurado con el novilunio; miel del abejorro rubio que liba la dulcámara en las tardes del viernes; una cucharada pequeña de



—No maltrates a Tump—dijo Miguelín

azúcar celeste. Revuélvase la mezcla con la pluma de un martín pescador. Una vez hecha, pronúnciense sobre ella cinco palabras mágicas.

—¡Oh, gracias! — dijo encantado el enanillo—. Ahora sé exactamente cómo hay que hacerla. Eres listo y amabilísimo.

De un plato, sobre el copero, tomó cinco limones de un aspecto especial. Sacó después del bolsillo una flauta diminuta e inició una melodía. Al poco rato penetró en la estancia, por la abierta ventana, un hermoso abejorro. El enano le habló en una extraña lengua susurrante con un tarro pequeñísimo de miel dorada que el enano tomó sonriendo. Hecho esto salió el abejorro volando por la ventana.

Miguelín y Pamela asistían maravillados a aquella escena nueva para ellos. El enano tomó el azúcar celeste de una bolsita con una cucharilla de plata y espolvoreó con ella la miel y el jugo de los limones exprimidos previamente en una vasija de cristal. La incorporó concienzudamente a la mezcla con ayuda de una pluma de ave que tenía en un ta-

ro azul, y murmuró sobre ella unas palabras incomprensibles para los niños.

—Bueno. Ya está hecha — dijo alegremente colocando la vasija en el alféizar de la ventana—. ¡Gracias, pequeño! Pero, dime: ¿qué haces en la casa de Bom? ¿Sabe él que habéis venido a verle?

—No — repuso Miguelín—. Es más: nosotros ignorábamos que fuera ésta su casa. Hemos atravesado el espejo que hay en el cuarto de los juguetes y ¡aquí estamos!

—¡Habéis atravesado el espejo! — repitió horrorizado el enano—. ¡Oh! ¡Tened cuidado! Hace años, muchísimos años que nadie lo ha hecho. El espejo es una especie de trampa, ¿comprendéis?, preparada por Bon. El espera siempre que caiga alguien en ella y cuando cae le convierte en esclavo suyo. Cuando le ha servido por espacio de cien años le concede la libertad, más ¿para qué la quiere un viejo? Entonces le convierte en enano como a mí.

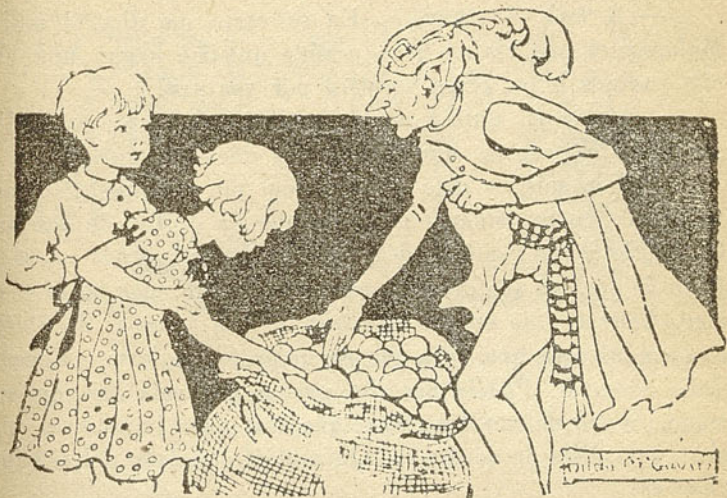
—¿Dónde está Bom? — preguntó al cabo Miguelito—. Quizá podamos volver a casa antes de que nos vea.

—No, ya es tarde — replicó el enano—. Oigo pasos en la escalera. Debe ser él que vuelve. ¡Pronto! Escondeos ahí, detrás de ese diván. Quizá le paséis inadvertidos. Pero antes toma esto... puede servirte de algo.

Cogió Miguelín lo que el enano le ponía en la mano y arrastró a su hermanita detrás del diván. Ya era hora de que lo hiciera, pues casi al mismo tiempo abrióse la puerta y penetró en la pieza un enano vestido con una magnificencia singular. Era más alto que el que ya conocemos, venía envuelto en una capa de oro puro y su traje era de plata con botones de zafiro. Una airosa pluma ornaba el gorro puntiagudo que, por cierto, no se había quitado al entrar y del cual sobresalían unas orejas puntiagudas.

—¡Hola, Tump! — dijo con voz sonora—. ¿Me hiciste lálimonada? ¿Dónde está?

Tump, el enano, corrió a la ventana y le trajo el jarro de la bebida refrescante. Con sorpresa por parte de los niños, Bom se llevó la vasija a los labios y apuró de una vez su contenido.



—*Transformadlas en oro—suplicó Bom*

—Está buena, muy buena — concedió.

De pronto olfateó el aire como si oliera algo.

—¡Tump! — exclamó con acento de enojo—. Tú has tenido visita. ¿Dónde se halla la persona que ha venido a verte?

Tump se asustó de veras, mas no quiso descubrir a los niños. Se encogió de hombros, tomó una escoba y se puso a barrer la habitación. Pero Bom le asió por el cuello y le dió tales sacudidas, que le rechinaron los dientes.

Miguelín no podía consentir que le maltrataran por su culpa. Salió atrevidamente de detrás del diván, con Pamela, y dijo al enano:

—Basta, Bom. En realidad no podemos ser los visitantes de Tump, ya que no hemos venido a verle. Es a ti al que buscamos.

Bom miró sorprendido a los dos hermanos.

—¿A mí? — repitió—. En su carta me dice el mago Malasangre que viajan y es posible que me hagan una visita sus dos hijos. ¿Sois vosotros por ventura?

—Quizás sí, quizás no — replicó ambigualmente Miguelín—. No esperes que te digamos nuestros nombres.

—Si lo sois — dijo—, quisiera que me prestarais un favor. Tengo un canario plateado que ha dejado de cantar. Obligadle a que cante. Podéis hacerlo. Poseo además un saco lleno de piedras que desearía convertir en oro, mas no lo consigo. Convertidlas en oro vosotros. Podéis hacerlo. También hay en mi casa una vela que no quiere encenderse. Encendla vosotros. Podéis hacerlo, puesto que sois hijo de un mago. Si me defraudáis creeré que sois unos impostores vendidos sabe Dios de dónde... ¡Quizás del otro lado del espejo! ¡Eso es!

—Probaré a hacer lo que desees — prometió a Bom—. Llévanos donde se halla el canario.

Bom se aproximó a la puerta y salió a la escalera llevando a los niños detrás de él.

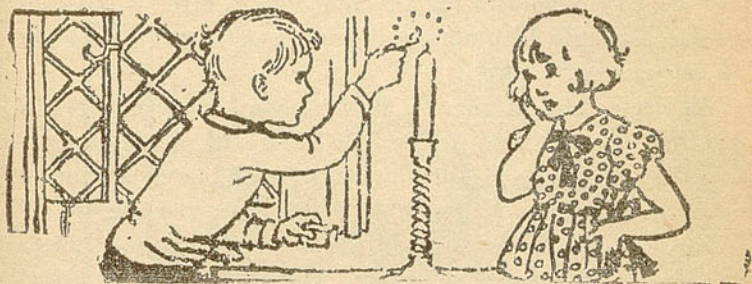
Descendieron la escalera de caracol y Bom les hizo entrar en un cuarto vacío si se exceptúa una gran jaula dorada que encerraba un canario plateado. El ave parecía estar de mal humor y sus ojos brillantes se posaron sucesivamente en Bom y en los niños.

—He aquí el canario que no quiere cantar — dijo el primero—. Veamos cómo le obligas a que abra el pico y lance de su garganta trinos dulcísimos.

—Nosotros no podemos actuar en tu presencia — replicó Miguelín con gran asombro de Pamela—. Nos está pro-

hibido hacer exhibiciones de magia ante un enano. Déjanos solos y vuelve dentro de media hora.

—Muy bien — dijo Bom; y dejó la habitación. Migue-



Miguelín encendió un fósforo e intentó encender la vela

lín estaba encantado. Aguardó a que el enano hubiera desaparecido y entonces corrió a la puerta.

—Escapemos antes de que vuelva — susurró al oído de Pamela. Pero, ¡ay! Habían cerrado la puerta con llave desde el exterior y estaban presos.

Pamela comenzó a llorar, pero Miguelín no perdió el tiempo. Se palpó los bolsillos para ver en cuál había guardado el objeto que le diera Tump. y sacó una pluma azul, pequeña, un resplandeciente botón de oro y una llave diminuta. Eso era todo.

—¡Una pluma, un botón, una llave! — exclamó dolorido—. ¿Qué voy a hacer con esto?

—¡Chist! — hizo Pamela de súbito—. ¿Oyes?

Miguelín aplicó el oído. Alguien cuchicheaba por el agujero de la cerradura. ¡Debía de ser Tum!

—¡Golpea al canario con la pluma azul! ¡Golpea al canario con la pluma azul! — decía la voz.

Miguelín la introdujo al instante por entre los hierros de la jaula y tocó con ella al canario. Nada. El ave continua-

muda. Cuando se cansó de la tarea se la entregó a Palla. La niña se la aplicó al canario repetidas veces, mas ni se oía ni emitía una sola nota. ¡Aquello era decepcionante!

—El enano volverá de un momento a otro — suspiró Miguelín cogiendo la pluma y dándole con ella al animalito y esto no surte efecto.

Al decir esto, el canario dejó escapar un trino apenas perceptible. Con el picó arrancó de súbito la pluma de manos de Miguelín y se la aplicó a las plumas plateadas que le cubrían la garganta. Miguelín le dejó hacer, asombrado.

El ave saltaba de un palo a otro de la jaula. Luego abrió el pico y comenzó a cantar. ¡Con qué brío lo hacía! ¡Teníais que haberle oído. Entonces se abrió la puerta y entró Bom en la habitación. Parecía en extremo complacido.

—¡Toma! ¡Toma! — exclamó—. ¡Qué rapidez! El malasangre debe haberos enseñado mucho. Venid ahora a transformar en oro mi saco de piedras. ¡Ja, ja! Veréis qué bien os daré cuando hayáis concluido vuestras tareas, además os regalaré dos piedras preciosas.

Los niños dejaron al canario y siguieron a Bom. Esta vez les condujo a una pieza ornada de negros cortinajes esaltados de carpas doradas. En su centro había un gran saco. Bom lo abrió para que vieran los niños lo que contenía: eran piedras.

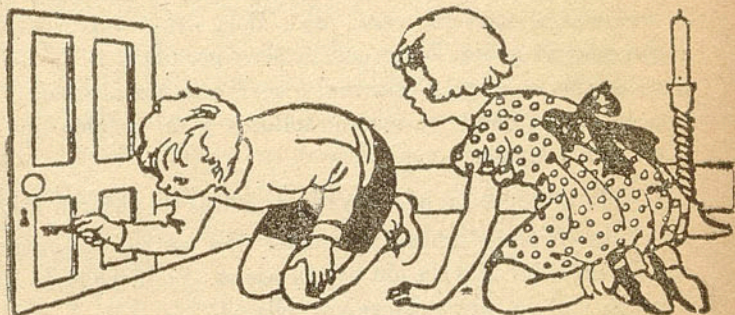
—Helas aquí — dijo—. Transformadlas en oro, y pues que os disgusta que presencie vuestros manejos, me marcharé.

Salió cerrando la puerta de golpe. Miguelín corrió a ella y la empujó. Estaba cerrada y bien cerrada. Luego miró detrás de las cortinas para ver si había una puerta o ventana, o había sino la pared desnuda. La habitación recibía luz de la linterna pendiente del techo.

—¡Miguel! Vuelvo a oír el murmullo de antes — dijo

Pamela en voz baja. Miguelín corrió a la puerta y aplicó el oído a la cerradura.

—¡Mete el botón de oro dentro del saco! ¡Mete el botón de oro dentro del saco! — oyó decir.



—¡Prueba a abrir con la llavecita que posees—le murmuró Pamela al oído

Extrajo del bolsillo del pantalón el botón de oro y lo dejó caer en el saco, pasó por entre dos piedras y desapareció.

Los niños las contemplaban, expectantes, mas pasaba el tiempo y continuaban terrosas de color. Temían que viniera Bom y, ¡Dios santo!, en el preciso instante en que pensaban que iba a volver de un momento a otro, se abrió la puerta. ¡Era él!

Miguelín cerró a escape la boca del saco esperando deslizarse sin ser visto con Pamela, mas una vez dentro de la habitación el malvado enano tornó a cerrar la puerta con llave.

Se aproximó al saco, lo abrió y, ¡oh, sorpresa!, las piedras se habían transformado en oro. ¡Cómo brillaban!

—¡Niños diestros! — exclamó complacido este último. — ¡Niños listos! No creí que pudierais ser capaces de hacer esto. Le escribiré a vuestro padre alabando vuestra sabiduría. Ahora venid a encender la bujía.

Miguelín y Pamela le siguieron a otra habitación que te

nía esta vez muchas y soleadas ventanas. Sobre una mesa azul había un candelabro dorado y en él una bujía azul.

Salió y como de costumbre cerró con llave la puerta. Miguelín corrió a escuchar detrás de ella por si tornaba a sonar la vocecita misteriosa, pero, ¡ay!, Bom debió volver atrás y sorprender al pobre Tump con la boca pegada a la cerradura, pues apenas se inició el murmullo sonó una voz alterada y varios cachetes. Luego se oyeron sollozos y un pataleo que terminó bruscamente.

—Sin duda se le han llevado a rastras — observó Miguel. — ¡Pobre Tump! Ahora tendremos que aguzar el ingenio y ver de encender la vela sin ayuda ajena. Aquí tengo la llave. Veamos qué se puede hacer con ella.

La pasó por la vela en toda su longitud, encendió luego un fósforo en una caja de cerillas que había sobre la mesa y lo aplicó a la mecha. La llama no prendió en ella.

Entretanto Pamela miraba por una de las ventanas, herméticamente cerrada. Debajo se extendía un jardín encantador lleno de flores de vistoso color y en torno del cual revoloteaban las aves más preciosas que había visto en su vida, así como las más raras. Las contemplaba sin atreverse a dar crédito a sus ojos, cuando de pronto algo le llamó la atención.

—¡Ven aquí, Miguelín! — dijo a su hermanito. — Mira esos dos niños que se aproximan y repara en los extraños trajes que llevan.

Miguelito miró por la ventana. ¡Sí que eran raros! Estaban bordados de soles, lunas y estrellas de plata y oro y se parecían una bata larga. Ambos llevaban puestos unos sombreros acabados en punta y en la mano unos botoncillos dorados.

—¡Dios mío! — exclamó de repente.—¡Esos niños deben ser los hijos del mago por quienes *nos* ha tomado Bom!

Pamela miró en torno con los ojos desorbitados por el espanto y descubrió una puertecilla enana abierta al pie de una de las paredes de la habitación.

Miguel introdujo la llavecita y vió que encajaba. La hizo girar en la cerradura y se abrió la puerta. En aquel mismo instante sonó la voz airada del enano al otro lado de la puerta grande y los niños oyeron cómo se abría.

Los niños se hallaban en un pasillo de techo sumamente bajo. Lo recorrieron agachados, y de pronto alguien asió la mano de Miguelín.

—No temas: soy Tump — dijo una voz junto a él. — He venido para guiaros hasta la habitación donde se halla el espejo. Si vamos de prisa llegaremos a ella antes que Bom.

Por fin Tump les hizo entrar en una habitación que les pareció familiar. ¡Vaya si lo era! Como que se trataba de la habitación del espejo, copia del cuarto de los juguetes. Allí, en la pared, aparecía la reluciente luna.

—¡Pronto! ¡Pronto, que viene Bom! — gritó Tump; y los dos niños oyeron el sonido de pasos precipitados y de una voz atronadora. Miguel se lanzó al espejo y lo franqueó de un salto. Ayudó a Pamela y de pronto se le ocurrió que debía hacerlo también con Tump. Era una vergüenza dejarle a merced del airado y cruel Bom. Así tiró de él también.

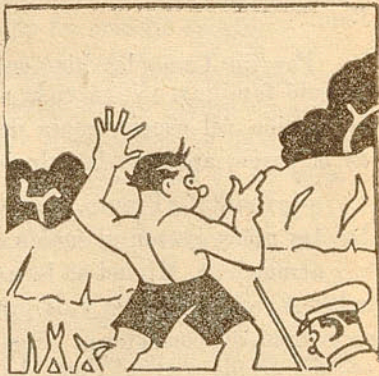
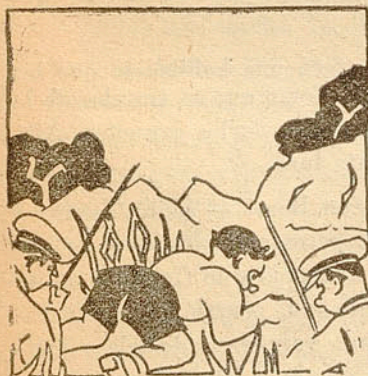
Luego miró en torno. ¡Qué alegría! Estaba otra vez en el cuarto de los juguetes, el suyo, y también Pamela. Dirigió la vista al espejo y allí vió a Bom. Había aparecido de súbito en el umbral de la puerta y les amenazaba con el puño. Pronto

(Continúa en la página 18)



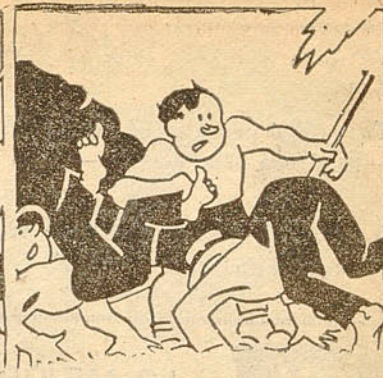
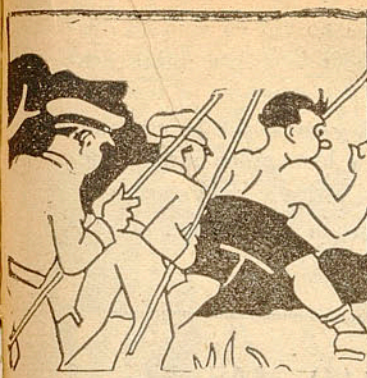
—Puño de Hierro reunió a sus hombres y les hizo saber que era necesario vencer o morir en la pelea contra los soldados del Rey.

2.—Los bandidos, colocados detrás de grandes rocas, comenzaron a hacer fuego sobre el enemigo, que a causa de esto no podía avanzar.



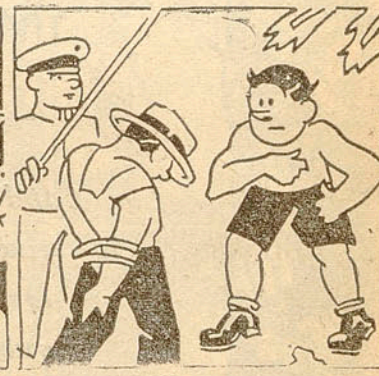
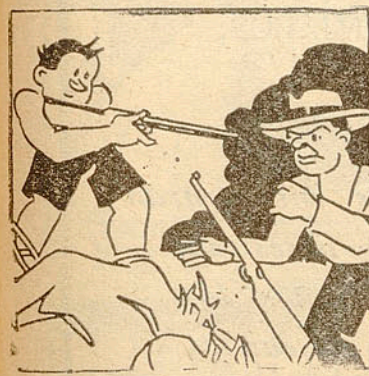
—Chascón llamó a tres soldados muy valientes y con ellos se fué arrastrando por el campo, hacia el sitio en que disparaban los bandoleros.

4.—Uno de los bandidos se dio cuenta de este avance de Chascón y disparó. Chascón, levemente herido en una pierna, dió un rugido de rabia.



Se levantó de un salto, a pesar de su herida, y subió corriendo la montaña. Detrás de él, entusiasmados de coraje, avanzaron los soldados.

6.—Una vez arriba, la pelea se convirtió en una terrible matanza. Chascón iba de un lado a otro, en busca de Puño de Hierro, al que encontró por fin...



Puño de Hierro, al verlo venir, le apuntó con su carabina; pero Chascón le hizo caer con certero balazo en un hombro.

8.—Al final de la tarde, los bandidos estaban completamente derrotados y Puño de Hierro, prisionero, fué interrogado por Chascón...

¿Confesará Puño de Hierro el paradero de Tarzán?

se desvaneció, sin embargo, y Miguelín no vió ya sino su propio cuarto reflejado en el espejo. Hasta la sillita había desaparecido.

Tump oyó pasos en el descansillo y saltó por la ventana: — ¡Volveré esta noche! — dijo a los niños muy quedito.

Y ahora Miguelín y Pamela esperan que vuelva el enano. ¿Os agradaría verle también?



LO MEJOR, LO MAS NO-
VEDOSO Y LO MAS VA-
RIADO, EN JUGUETES
NACIONALES Y EX-
TRANJEROS.

*Los papás encontrarán
lo que necesitan,
y los niños lo
que desean.*

A. JACOB Y CIA

Sucesores de Burmeister & Co.

AHUMADA 23, SANTIAGO
PLAZA ANDAL. PINTO - VOLACOR

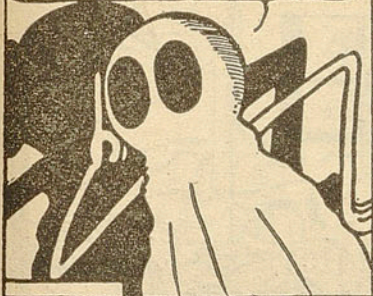
EL CANALASMA

FOR

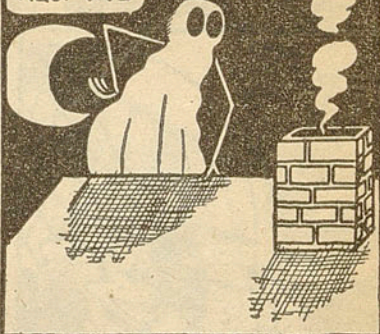
Quiscoso

J. CHRISTIE

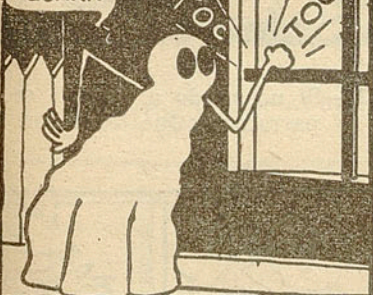
HOY VOY A PENAR A UN VIEJO QUE HA SIDO MUY MALO



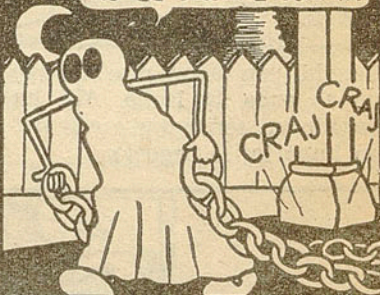
AQUÍ VIVE



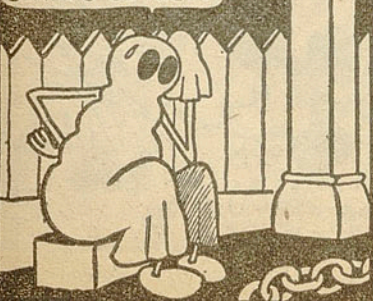
NO QUIERE ABRIRME PERO LE PESARA'



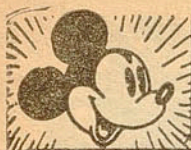
LE ARRASTRARE CADENAS - ASÍ NO SOLO LO ASUSTARÉ SI NO QUE NO LE DEJARÉ DORMIR



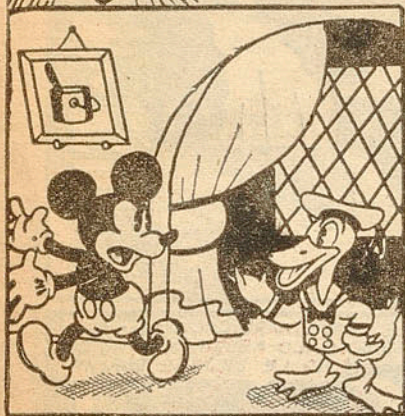
HE ARRASTRADO CADENAS TODA LA NOCHE - HA DE ESTAR TEMBLANDO DE MIEDO



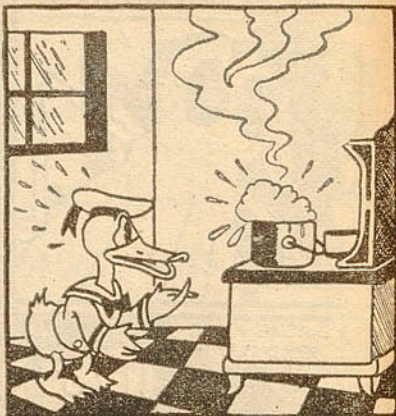
Un nuevo fracaso del fantasma Quiscoso



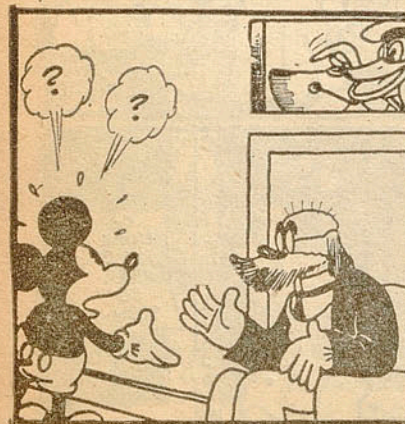
EL RATON



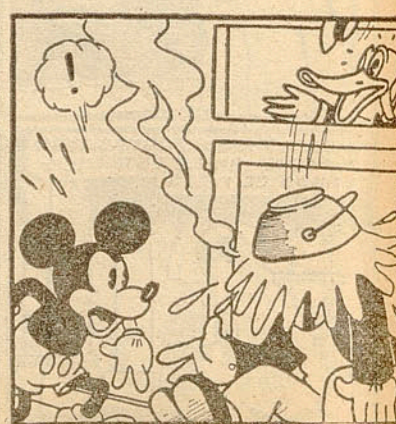
1.—Donald, por favor, procura que no se suba la leche. Ahí ha llegado un señor que viene por un importante negocio.



2.—Si no acudo a tiempo, se des-
parrama. ¿Qué haré con ella?



5.—Muy bien, señor Mickey, yo pondré el capital para ese negocio.

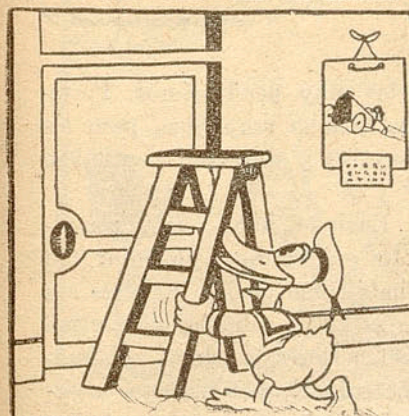


6.—¡Oh, disculpe señor! Mi ayu-
dante es un bobo de primera...
¡Qué lástima tan grande!...

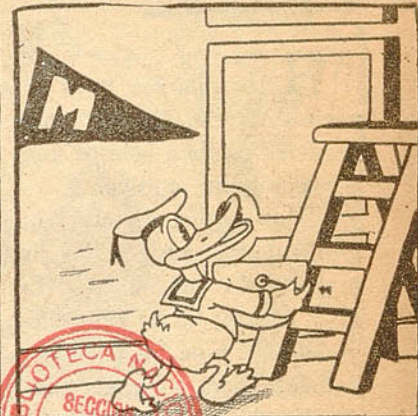
MICKEY

(M. R.)

EL PATO DONALD
"METE LA PATA"

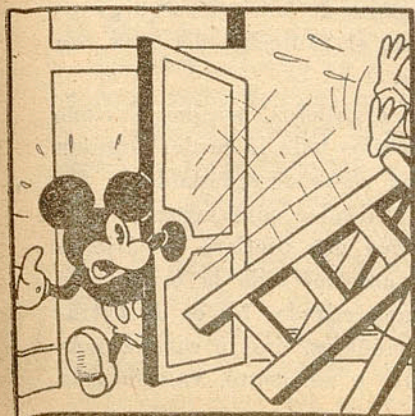


3.—Le preguntaré a Mickey por
señas, para que no se dé cuen-
ta la visita.

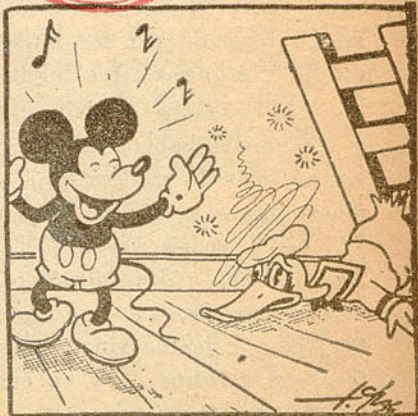


BIOTECNA
BIBLIOTECA
CHILE
CHILE

4.—Mickey va a estar muy con-
tento al ver que no me des-
cuido.



7.—Este imbécil me ha arruinado
el negocio... ¡Bah!... ¡Y
ahora se viene al suelo!



8.—¡Já, já, já! Te perdono, Donald,
porque me has hecho reír mu-
cho... Pero, por favor, repite
tu caída...

LOS JUGUETES PENDENCIEROS

Hubo una vez unos juguetes muy pendencieros. Pertenecían al niño Enrique, que los trataba muy bien, pero los juguetes estaban celosos unos de otros y sin cesar disputaban por cualquier motivo.

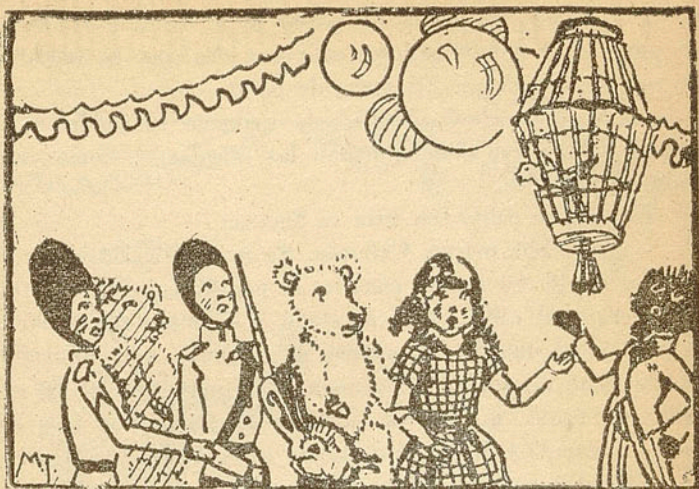
Una noche, después que Enrique hubo recibido a algunos de sus amigos, los juguetes empezaron a disputar con mayor saña que nunca. La habitación de los juguetes era muy alegre; en el centro de la estancia colgaba un enorme globo azul y en las paredes se veían flores y pelotas en abundancia. Todo, en una palabra, tenía risueño aspecto, a excepción de los juguetes, que estaban ceñudos y enfurruñados.

Se habían separado en dos grupos. Uno de ellos estaba constituido por los doce grandes soldados de madera, que Enrique utilizaba muchas veces a guisa de bolos. El otro grupo estaba formado por los muñecos, el fante, dos osos, un conejo y algunos otros juguetes.

Los soldados estaban muy orgullosos, porque Enrique y sus amigos habían jugado con ellos toda la tarde. Erguían sus cabezas de madera y decían cosas desagradables a los demás juguetes, que no fueron utilizados para jugar.

—Ya podéis ver que Enrique nos prefiere — dijeron los soldados—. Ha jugado con nosotros toda la tarde, y a vosotros ni siquiera os dirigió una mirada. No es de extrañar, porque jamás vimos unos muñecos, osos o conejos más feos que vosotros... y en cuanto a ese negro, valdría más que fuese a lavarse la cara.

—Ya os he dicho muchas veces que mi cara no está sucia — gritó enojado el fante—. Me la lavo con frecuen-



—¡No peleéis así! — les dijo el dorado canario

¡cía, pero su color es negro y no se mancha.

—¡Mirad al oso! — añadió uno de los soldados—. Ya no tiene más que un ojo.

—Perdí el otro en el jardín — contestó el oso—. No pude evitarlo. Enrique me ha prometido un ojo nuevo.

—No te cumplirá la promesa — le contestaron los soldados—. No le importan nada los muñecos o los osos. Solamente le gustamos nosotros, los soldados.

—¡Alto! ¡Alto! — gritó una voceilla—. No os peleéis de este modo. No hay derecho. Enrique os aprecia a todos por igual.

Los juguetes y los soldados se contuvieron. Habíales apostrofado el pequeño canario dorado, cuya jaula estaba suspendida sobre sus cabezas. Era un animalito muy bueno y cariñoso, y se disgustaba mucho al presenciar las disensiones de los juguetes.

—Ya no es posible hacerte caso — le dijeron los juguetes—. Esta vez hemos de pelear para ver si derrotamos de una vez a esos orgullosos soldados. Aunque en realidad no son nada más que un juego de bolos.

—¡No es verdad! ¡Mentís! — gritaron los soldados al mismo tiempo que desenvainaban las espadas—. Somos soldados y no bolos.

El canario cantó con toda su fuerza:

—No debéis pelear. Calmaos. Se lo diré a Enrique.

Lo cierto era que el canario no podía decírselo a Enrique, porque el niño estaba acostado y dormido. El canario se posó sobre una de las perchas de su jaula, muy apurado, viendo cómo los soldados atacaban a los juguetes con las espadas, en tanto que estos últimos golpeaban con toda su fuerza a aquéllos. Realmente era un espectáculo espantoso.

El pobre canario estaba desesperado. ¿Qué haría para interrumpir la lucha? ¡Si consiguiera despertar a Enrique!

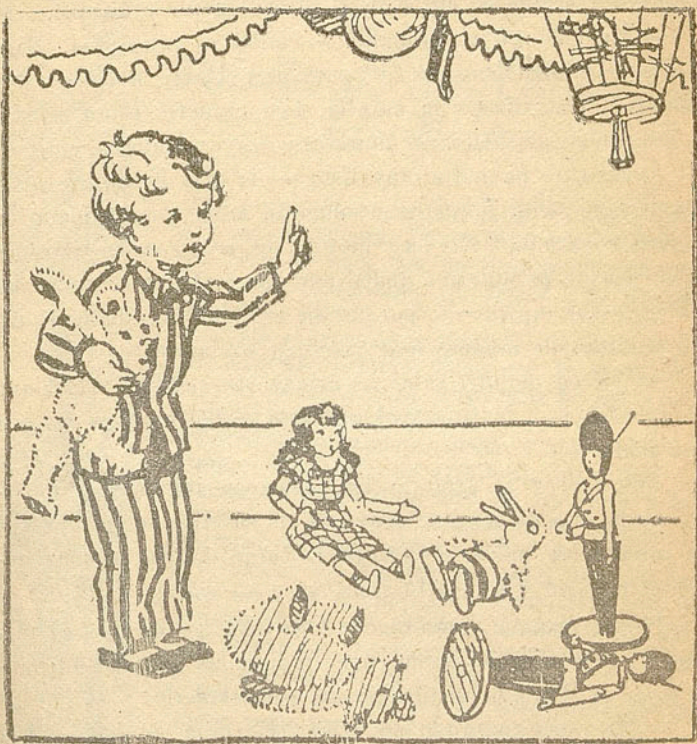
De pronto se le ocurrió una magnífica idea. El enorme globo lleno de aire estaba suspendido de manera que casi tocaba con su jaula. ¡Si él consiguiera llegar con su agudo pico para darle un pinchazo! Ya sabía lo que sucedería luego: Estallaría con gran ruido y no quedaría nada de él. Y aquel estampido despertaría a Enrique.

El canario sacó el pico por entre los barrotes de la jaula y pinchó el globo azul con toda la fuerza de que fué capaz.

¡Pum! ¡Dios mío, qué ruido hizo! La explosión arrancó al canario de su percha, haciéndolo caer al suelo de su jaula. Los soldados también quedaron tendidos en el suelo, como bolos que eran en realidad, y los demás juguetes chillaron y se cayeron uno sobre otro. Estaban aterrados. Y algunos se figuraron que había llegado el fin del mundo.

Enrique, que dormía en la habitación inmediata, se despertó de un salto, y en el acto salió de la cama para averi-

guar la causa de aquel estallido. Se asomó al cuarto de los juguetes y tuvo una sorpresa enorme. Todos los soldados y los demás juguetes habían abandonado sus sitios respectivos



—Eres un pájaro muy listo—dijo Enrique

en el armario. Los primeros tenían las espadas desenvainadas y era evidente que lucharon con los demás.

Enrique entró muy disgustado en el cuarto. Los juguetes lo miraban con el mayor temor.

—Ya veo que os habéis peleado — dijo el niño con grave acento—. Eso está muy mal.

Tanto los soldados como los demás juguetes inclinaron las cabezas.

—¿Qué ha sido ese ruido espantoso que me despertó?— preguntó Enrique—. Me hizo el efecto de un cañonazo.

—He sido yo el culpable — silbó el canario—. Hice estallar el globo lleno de aire para despertarte, a fin de que vinieses a interrumpir la batalla. Los juguetes están celosos de los soldados y éstos se muestran muy vanidosos.

—Eres un pajarillo muy listo — le dijo Enrique—. En cuanto a vosotros, juguetes y soldados, estoy muy enojado de vuestra conducta. No hay motivo de sentir celos unos de otros, porque os quiero a todos por igual. Y los soldados no han de estar orgullosos, porque en realidad son bolos, aunque pintados de manera que parezcan soldados.

—Volved cuanto antes al armario. — ordenó Enrique con severidad—. Y procurad que esta noche no oiga ningún otro ruido.

Volviéronse al armario los pesarosos juguetes y soldados. Cada uno de ellos se acomodó en su sitio acostumbrado, sin pronunciar palabra. Luego Enrique dió las buenas noches al canario y se acostó a su vez.


Por la mañana comunicó la aventura nocturna a su institutriz, y le dijo que habia encontrado a los juguetes luchando entre sí. Pero la institutriz no quiso creerle.

—Me estás contando un sueño, Enrique — dijo—. Estoy segura de que lo has soñado.

—No — contestó Enrique—. Mire, señorita, fijese en mi globo. No queda casi nada de él, y eso es una prueba de lo que le he dicho. El canario lo agujereó con su piquito y el estallido me despertó. ¿Verdad que sí, Dorado?

—¡Rrrriii! ¡Trrriii! ¡Tit!

—¿Oye usted? — preguntó Enrique a la institutriz—. Acaba de decirme que sí.



Fábula de los Conejos y las Ranas

Un grupo de conejitos había salido a pasear por el campo. Todos iban muy contentos. Pero he aquí que de repente oyeron un estruendo formidable y, llenos de miedo, echaron a correr.

—¡Qué desgraciados somos!— decían a gritos, mientras corrían. Todo nos da susto. No hay, en la naturaleza, seres más débiles y temerosos que nosotros.

Corrieron velozmente hasta llegar a un estanque. Ahí había un grupo de ranas que tomaban un poquito de aire. Al ver venir a los conejos se asustaron mucho y, de cabeza, se lanzaron al agua, dando gritos de espanto.

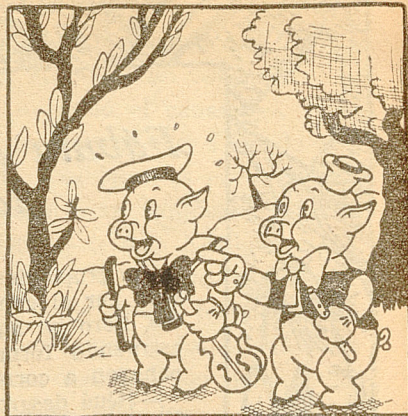
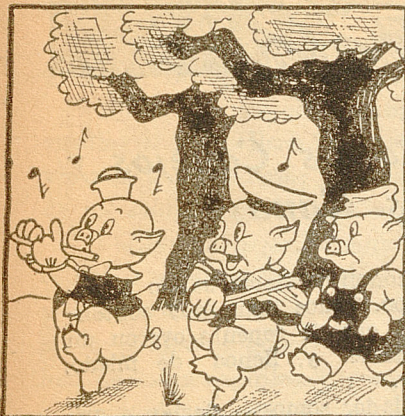
Entonces los conejos pensaron así: No somos los más débiles. Hay otros seres que se asustan hasta de nosotros. ¡Loado sea Dios!

Y desde ese momento vivieron muy felices y resignados con su suerte.

Esto nos enseña que la desgracia de los otros suele servirnos de consuelo.

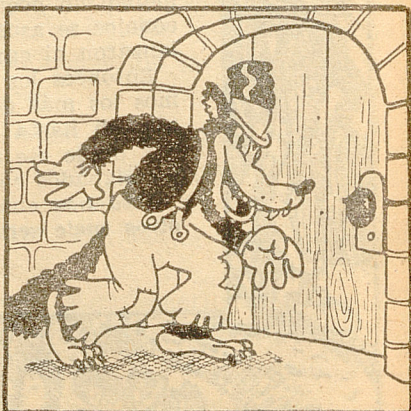
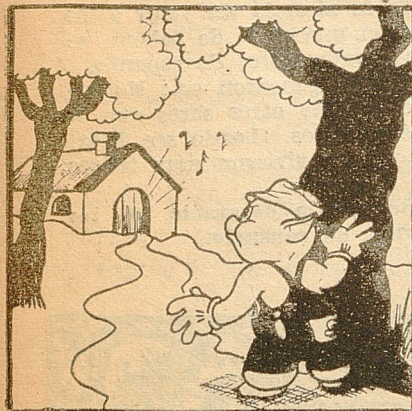
LOS TRES

M.R.



1.—Dos de los chanchitos se van a cantar al bosque, mientras el hermano se queda para preparar el almuerzo.

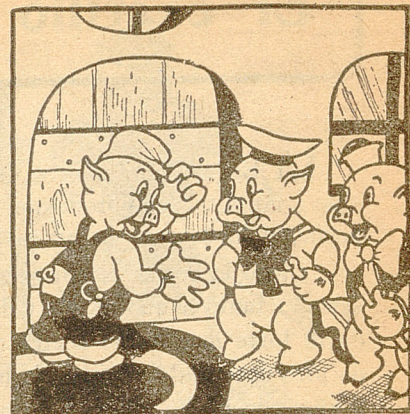
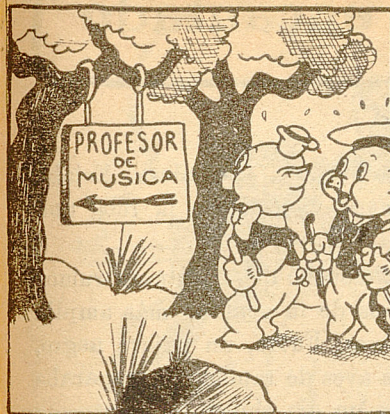
2.—Se sienten muy contentos de su paseo y tratan de recordar las canciones más bonitas.



5.—Sale el hermano a ver y oye tocar un disco.—“Es el maldito lobo, sin duda—se dice. ¡Ah, le daré una lección!”

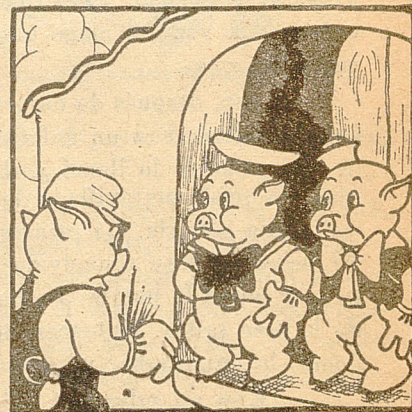
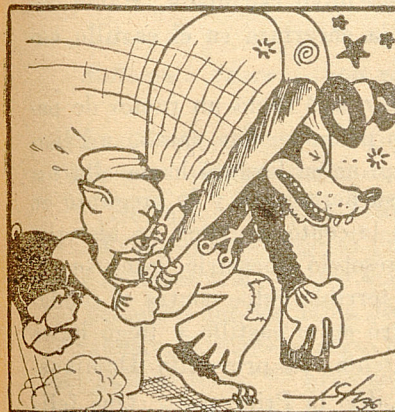
6.—El chanchito golpea a la puerta. El lobo va a abrir, saboreándose de antemano.

CHANCHITOS



3.—¡Un profesor de música! ... Hay que tener cuidado. Esto me hace pensar en una emboscada del lobo.

4.—Regresan a casa y el hermano les felicita por no haber entrado en casa del profesor.



7.—Pero en cuanto sale, el chanchito le da un garrotazo que le hace ver estrellas multicolores.

8.—¿Era el lobo?— le preguntan sus hermanos, cuando regresa. —Sí— les dice él— pero casi dejó de serlo, gracias a mi garrote.

El castillo encantado

La linda Damiana era una princesa bondadosa. Estaba ahora muy triste, porque un mago viejo y feo la robó una noche, y la encerró en un castillo muy oscuro.

Llegó la noche. La princesa escuchó de repente un rumor extraño junto a uno de los vidrios de la ventana más amplia de la torre mayor. Se acercó a ver. Fuera, un pájaro negro, de pico encorvado como el de las aves de rapiña, se preparaba a pasar la noche, durmiendo con un ojo abierto. La Princesa Damiana le dijo tristemente:

—Pajarito negro, ayúdame, sácame de aquí.

El pájaro negro abrió ambos ojos, agitó las alas y dió un graznido tremendo. La Princesa huyó espantada. Había reconocido la voz del mago que la encerrara en el castillo encantado.

Un día, después de despertar, oyó fuera un rumor de pasos. Se asomó. Era un gallardo príncipe, que pasaba a caballo. La princesa lo llamó y el príncipe levantó hacia ella los ojos. Se quedó maravillado de su hermosura y le preguntó en qué podía servirla. La princesa le contó, a gritos, su historia. El príncipe, muy conmovido, resolvió libertarla. Sacó su espada y buscó la puerta. De un terrible golpe contra el candelero lo hizo saltar. Entonces entró en el castillo y llegó hasta donde le aguardaba, muy contenta, la princesita Damiana.

—¡Eres mi salvador! — le dijo la Princesa —. ¡Qué feliz me siento de que seas tan valiente y de que pueda mirarte!

—La felicidad es mía — le contestó el príncipe — porque nunca he visto una mujer más hermosa que tú. Me sentiré



Salieron a basear, antes de que regresara el pájaro negro

el hombre más lleno de felicidad si puedo ayudarte a quedarte libre para siempre de tu enemigo.

No tardó el pájaro fatídico en llegar hasta la ventana. La Princesa se lo dijo al príncipe y éste, sin hacer ruido, se fué acercando. El pájaro dormía con un ojo abierto. Entonces el príncipe, que ya había dejado el vidrio suelto, sacó sorpresivamente la mano y cogió al pájaro por el cuello. Se escuchó un aullido feroz. El príncipe estrechó el cuello del pájaro negro con todas sus fuerzas. Apretó, apretó hasta matarlo. Entonces la princesa Damiana salió del castillo con su salvador y se marchó con él a un país maravilloso, en que todos los pájaros eran multicolores y sabían cantar las más lindas canciones. Siempre fueron por allá muy felices...

El Concurso ha terminado

Ahora, lectores, hay que esperar el juicio del Jurado y en el **número de la próxima semana**, se sabrá quién es el feliz poseedor de la bicicleta y quiénes son los que han merecido los demás premios que hemos ofrecido.

En esta página aparecerán, en la próxima semana, los nombres de los premiados.

Hasta el momento, muchos son los concursantes que nos parecen merecedores de un premio. Es para nosotros profundamente halagador darnos cuenta del entusiasmo con que los niños han acogido nuestro certamen. De aquí que, dentro de poco, iniciaremos un **NUEVO CONCURSO**, cuyos premios serán entregados en Navidad

Niños lectores de CHASCON

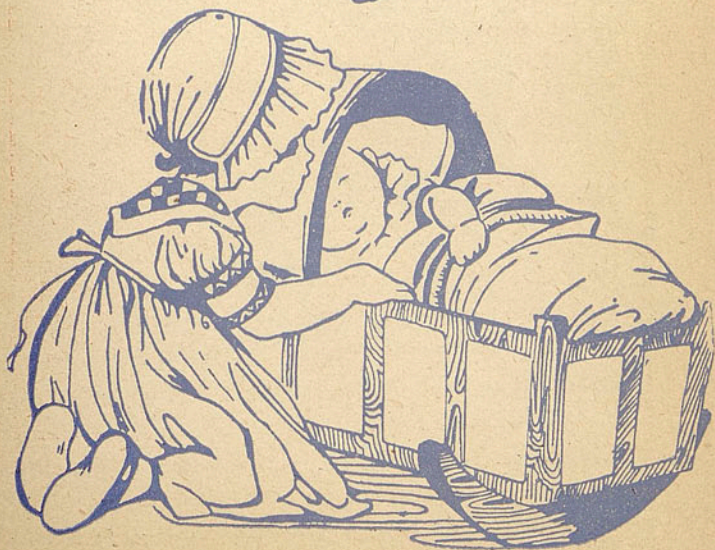
Hay que estar atentos al próximo concurso.

Hay que comprar esta revista todas las semanas.

Hay que trabajar con entusiasmo para que

CHASCON se convierta cada día en mejor amigo vuestro.

CHASCON quiere que todos sus lectores progresen y, valiéndose de estas páginas, aprendan a amar el trabajo más y más.



Pinte este último cuadro y envíelo con su nombre y dirección a esta revista.
El Premio Mayor puede ser suyo.

EL HOMBRE O LA MUJER,
Jefes de Hogar, tienen a su cuidado



muchos pares de ojos...

que una vez gastados o enfermos, no pueden ser renovados, ni siquiera rebarados.

Permítanos indicarle, sin compromiso para Ud., si la iluminación de su hogar es o no adecuada a sus necesidades.

Estamos a sus órdenes.

CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.

Imp. Ereilla